

Rudolf Steiner

**LA MISIÓN DE LA CIENCIA
ESPIRITUAL Y EL EDIFICIO DEL
GOETHEANUM**

Die Aufgabe Der Geisteswissenschaft, 1916



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Antroposofía”

LA MISIÓN DE LA CIENCIA ESPIRITUAL Y EL EDIFICIO DEL GOETHEANUM

**Conferencia pronunciada en Liestal (Suiza)
el 11 de enero de 1916,
con posterior aditamento de un prefacio y un epílogo**



*Se trata del primer edificio del Goetheanum
destruido por incendio, en la noche del
31 de diciembre de 1922 al 1 de enero de 1923*

CONTENIDO

Prefacio, página 3.

La Misión de la Ciencia Espiritual y el Edificio del Goetheanum,
Página 5.

Epílogo, página 27.

PREFACIO

Las contemplaciones hechas en este librito reproducen lo expuesto en una conferencia que he pronunciado en respuesta a una serie de objeciones contra las ideas cuyo conjunto llamamos antroposofía o ciencia espiritual, objeciones formuladas en una conferencia y luego publicadas en un diario. Tomar este hecho como motivo para publicar mi conferencia en forma aislada, podría considerarse injustificado; sin embargo, dichas objeciones con que se intenta refutar la ciencia espiritual (antroposofía), aparecen no solamente en aquella conferencia, sino desde muchos otros lados y frecuentemente repetidas. Quiere decir que en cierto modo se trataba de “refutaciones” típicas, no solamente por su contenido, sino también por el método de proceder. Y precisamente el modo de proceder es lo característico. Este método consiste en que no se toma en consideración lo que dice la respectiva ciencia espiritual a fin de dirigirse contra *tal* contenido, sino se elabora una apariencia según lo que se *opina* acerca de dicha ciencia, y luego se procede contra la apariencia. Esto conduce a algo singular, pues el atacado puede estar de acuerdo con el atacante en cuanto a la refutación de lo que se ataca, pero experimentando a la vez que a él se le condena mediante la caricatura que de sus ideas se ha fabricado.

Un ejemplo caracteriza especialmente dicha manera de emprender el ataque. Es sabido que se está construyendo un edificio para servir a las aspiraciones de la ciencia espiritual de orientación antroposófica, y se quiere dar a dicho edificio una configuración artística que permita realizar lo que puede fluir de la ciencia espiritual. Dicho de otro modo: el edificio ha de ser la expresión artística de lo que en el mismo se realiza. Se entiende que desde distintos puntos de vista artísticos se podrán hacer diversas objeciones, y el autor de este escrito está lejos de creer que lo intencionado se alcanza absolutamente. Pero de todos modos trata de excluir del edificio toda clase de simbolismo o expresión alegórica. Basta con que se observe debidamente lo ya ejecutado para convencerse que no existe nada simbólico o alegórico en el sentido de lo que frecuentemente se encuentra donde se pone de manifiesto un malsano misticismo o algo parecido. Pero a pesar de ello se ha formulado contra el edificio la siguiente objeción: El “no iniciado” que entre en este

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

edificio se verá frente a toda clase de incomprensibles, misteriosos símbolos, etc. En esta forma se consigue atacar lo intencionado con el edificio, pero sólo por el método de dirigir el ataque contra algo que de ningún modo existe. Si existiera, el atacado lo rechazaría lo mismo que el atacante.

De tal manera se procede en la mayoría de los casos contra la referida ciencia espiritual. Primero se la convierte en una caricatura que se burla de todo espíritu científico, para atacar luego la caricatura con las armas de la ciencia; o bien, se va formando otra caricatura, para combatirla desde el punto de vista religioso, a pesar de que en verdad ninguna confesión religiosa tendría motivo alguno para no considerar benévolamente la ciencia espiritual, cuando la misma se le presenta con su verdadero carácter.

En esta situación es casi imposible contraponer a los ataques otra cosa que el fundamento y los verdaderos fines de la ciencia espiritual de orientación antroposófica. Esto se trató de hacer en mi conferencia reproducida en este libro. Ante todo se hace ver que los ataques no dan en el blanco porque se dirigen contra algo arbitrariamente construido, y no contra lo que pretenden juzgar.

Por consiguiente se quiere describir en este libro el verdadero carácter de la ciencia espiritual en contraposición a la forma inventada.

En el epílogo se agregarán algunos aspectos con el fin de ampliar lo expresado en la conferencia.

Berlín, Abril 1916.

Rudolf Steiner

LA MISIÓN DE LA CIENCIA ESPIRITUAL Y EL EDIFICIO DEL GOETHEANUM

Estimados oyentes,

Si en esta conferencia trato de exponer algo sobre la llamada ciencia espiritual, como la misma ha de cultivarse en el edificio del Goetheanum, y sobre el edificio mismo, no es mi intención, de modo alguno, hacer propaganda para dicha ciencia, o para lo arquitectónico.

Especialmente quiero hablar sobre ciertos malentendidos que se han difundido con respecto a los fines de la Sociedad Antroposófica. Quiero empezar con lo específico que conduce a juzgar una cosa, al principio más o menos desconocida, cuando la misma aparece acá o allá. Se entiende fácilmente que alguien, con poco conocimiento referente a una cosa, considere que partiendo del nombre de la misma, la podrá comprender. Es que antroposofía y Sociedad Antroposófica son nombres que, más que antes, se han hecho conocer a causa del edificio en Dornach. Pero “antroposofía” no es un nombre reciente. Cuando, hace años, se trataba de dar un nombre a nuestras aspiraciones, se me ocurrió elegir uno que me era simpático porque en los años 80 del siglo XIX un profesor de filosofía cuyas disertaciones he presenciado en el tiempo de mi juventud, Robert Zimmermann, llamó “Antroposofía” a su obra principal. Mas el nombre Antroposofía ya existió anteriormente en la literatura, pues ya se lo usaba en el siglo XVIII e incluso más temprano. Por lo tanto, el nombre es viejo; lo usamos para algo nuevo. No con la significación “saber acerca del ser humano”, como ha sido la expresa intención de quienes lo usaron. En cambio, nuestra propia ciencia nos conduce a la convicción de que dentro del hombre de los sentidos vive un hombre espiritual, un hombre interior, en cierto modo un segundo hombre.

En tanto que aquello que el hombre puede saber sobre mundo por sus sentidos y por el intelecto que se atiene a la observación sensoria, se puede llamar “antropología”, queremos denominar “antroposofía” lo que puede saber el hombre interior, el hombre de espíritu.

Resulta pues que antroposofía es el conocimiento del hombre de espíritu; y este saber no abarca solamente al ser humano, antes bien es un

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

saber acerca de todo lo que el hombre espiritual puede percibir en el mundo espiritual, así como en el mundo el hombre de los sentidos percibe lo sensible. Debido a que el otro hombre, el hombre interior, es el hombre espiritual, se justifica que se llame “ciencia espiritual” lo que él obtiene como saber. Y el nombre ciencia espiritual tampoco es nuevo, menos aún que el nombre Antroposofía. Ni tampoco es un nombre raro, y sería totalmente erróneo si alguien creyera que yo (como se ha dicho) o alguien vinculado conmigo haya creado el nombre Ciencia espiritual. Se emplea la expresión ciencia espiritual en todos los casos dónde se cree poder alcanzar un saber que no solamente se refiere a la naturaleza, sino que es un saber sobre algo espiritual. Muchos de nuestros coetáneos llaman la historia una ciencia espiritual, lo mismo que la sociología, la economía política, la estética, la filosofía de la religión. Nosotros simplemente empleamos dicho nombre en otro sentido, o sea, porque para nosotros el espíritu es algo real, mientras que aquellos que en el presente suelen hablar de ciencias espirituales con referencia a la historia, la economía política, etc., reducen el espíritu a ideas abstractas.

Ahora paso a expresar algo sobre la evolución de nuestra Sociedad Antroposófica, porque con respecto a ella se han difundido errores. Se dice, por ejemplo, que dicha Sociedad solamente es algo así como surgida por la evolución de lo que se llama la “Sociedad Teosófica”. Si bien durante un tiempo se había situado en el marco de la Theosophical Society, lo que son los fines de nuestra Sociedad Antroposófica, no se debe de modo alguno confundirla con la Sociedad Teosófica. Y para que esto no se haga, debo decir algo aparentemente personal, sobre la formación, paso a paso, de la Sociedad Antroposófica.

Hace más o menos 15 años (en 1900/01) un pequeño círculo me pidió pronunciar determinadas conferencias científico-espirituales, las que más tarde fueron publicadas en mi libro “La Mística en los albores de la vida espiritual moderna, en su relación con el concepto del mundo de las ciencias naturales”. Hasta entonces, por decirlo así, en una vida solitaria pensante había yo tratado de llegar a un concepto del mundo que por un lado toma enteramente en cuenta las muy importantes conquistas de las ciencias naturales, y que por el otro lado quiere elevarse a la visión de los mundos espirituales.

Debo destacar expresamente que en esa oportunidad, cuando se me pidió hablar en un pequeño círculo de Alemania sobre el mencionado tema científico-espiritual, no me apoyé en nada de la escritora Blavatsky o de Annie Besant, ni tampoco las tomé especialmente en consideración. Por el modo de

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

sus contemplaciones, sus libros eran poco adecuados a mi concepto del mundo. Basándome exclusivamente en lo encontrado por mí, había tratado de dar algunos puntos de vista sobre los mundos espirituales. Las respectivas conferencias fueron publicadas y en parte traducidas al inglés por un miembro prestigioso de la entonces, especialmente en Inglaterra, floreciente Theosophical Society. A su vez, aquel círculo me sugirió entrar en dicha Sociedad. Para el caso de ofrecerse la posibilidad de actuar dentro de la Sociedad Teosófica, jamás tuve otra idea que la de exponer lo basado en el método propio e independiente de investigación.

Lo que ahora es el contenido de la cosmovisión antroposófica, como la misma se cultiva en nuestra Sociedad, no ha sido tomado de la Sociedad Teosófica, sino que como algo enteramente independiente y, en virtud de lo solicitado por dicha Sociedad, ha sido expuesto por mí dentro de la misma, todo el tiempo hasta que se lo consideró herético y se nos echó afuera. Lo que de la referida manera siempre había sido algo independiente dentro de dicha Sociedad, siguió desarrollándose y cultivándose en la ahora también enteramente independiente Sociedad Antroposófica.

Por esta razón es una opinión totalmente errónea, si lo que vive en la Sociedad Antroposófica se confunde de alguna manera con lo representado por Blavatsky y Besant. Es cierto que en sus libros Blavatsky ha expresado importantes verdades sobre los mundos espirituales, pero mezcladas con tantos errores que únicamente el profundo conocedor de los hechos es capaz de distinguir entre lo importante y lo erróneo. Tanto más nuestro movimiento antroposófico debe exigir que se lo considere como algo enteramente independiente. Lo expreso, no por inmodestia, sino sólo para rectificar objetivamente los hechos.

Más tarde llegó el momento en que se hacía necesario exponer por enseñanza, incluso en forma literario dramática, el contenido de nuestra ciencia espiritual, la antroposofía. Con ello comenzamos en Munich en el año 1909, donde todos los años, hasta 1913, hemos tratado de representar artísticamente, lo que según nuestra investigación ha de considerarse como fuerzas y entidades espirituales que viven en el mundo.

Al principio las representaciones dramáticas fueron dadas en un teatro común. Pero pronto se evidenció que el teatro común no es el ambiente adecuado a lo que en cierto modo debía entrar en la evolución espiritual de la humanidad. Así se presentó la necesidad de tener un edificio propio para tales representaciones como asimismo para todo el actuar de nuestra ciencia y arte

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

espirituales, un edificio que también por su arquitectura es expresión de lo intencionado. Primero se pensaba erigir tal edificio en Munich; pero cuando esto se evidenciaba como imposible, o al menos muy difícil, se abrió la posibilidad de erigir tal edificio en Dornach, cerca de Basilea, en la muy hermosa colina de dicho pueblo, donde uno de nuestros amigos suizos nos ofreció generosamente un terreno bastante amplio que él tenía disponible. Estas circunstancias hicieron posible que tal edificio se construyera justamente en el extremo ángulo noroeste de Suiza.

Pero ahora, antes de extenderme sobre el Goetheanum, voy a hablar de la misión de la ciencia espiritual como tal. Es absolutamente comprensible que nuestra ciencia espiritual, la antroposofía, como aquí la entendemos, se comprenda mal. Quien ya vive en el ámbito de esta ciencia espiritual no se extraña que a la misma se le oponen muchas opiniones equivocadas. Y el conocedor de la evolución espiritual de la humanidad no se asombrará de oír juzgamientos como estos: se trata de fútiles fantasías, ensoñamientos, o quizá algo peor. Cosas nuevas que en la evolución espiritual aparecieron de un modo parecido a como la ciencia espiritual, generalmente también se juzgaron en una forma similar. Además, fácilmente puede parecer que la antroposofía tuviera semejanza con ciertas concepciones del pasado, las que en el presente son poco apreciadas. Por ejemplo, quien sólo observe exteriormente las aspiraciones de la ciencia espiritual o antroposofía, podría encontrar que la misma tiene semejanza con lo que cultivaban los gnósticos en los primeros siglos de nuestra era. Pero el verdadero conocedor encontrará que la semejanza de nuestra ciencia espiritual con la gnosis no es mayor que la de las ciencias naturales del presente con las mismas del octavo o sexto siglo post-cristiano. Ciertamente, entre todas las cosas se pueden encontrar semejanzas; basta con que de lo distinto se excluya algo, como sería el caso, si se dijera: la antroposofía quiere conocer el mundo de una manera espiritual, al igual que los gnósticos. Por lo tanto, ambas ciencias son exactamente lo mismo.

De un modo similar se puede confundir la antroposofía con la alquimia o con la magia del medioevo. Todo ello se debe al total desconocimiento de lo que en realidad son los fines de la ciencia espiritual, la antroposofía. Para comprenderlo, ante todo hay que dirigir la mirada sobre lo que desde hace tres o cuatro siglos, partiendo de un modo de pensar bien distinto, se ha desarrollado como modo de pensar de las ciencias naturales modernas. Hay que tener presente la importancia que para la humanidad tuvo aquel cambio profundo que se puede expresar con las palabras: Hasta entonces el hombre,

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

laico y erudito, creía que la tierra se encontraba inmóvil en el universo, y que el sol y las estrellas se movían alrededor de la tierra. Se puede decir que por lo que enseñaron Copérnico, Galilei y otros, el suelo bajo los pies del hombre se hizo movable. En nuestro tiempo en que el movimiento de la tierra se considera como lo más natural, ya no se tiene idea de cuan asombroso dicho cambio y todo lo relacionado con el mismo resultó para la humanidad.

Lo que entonces, en cuanto al aprovechamiento y la aclaración de los enigmas de la naturaleza, se trató de alcanzar para las ciencias naturales, lo trata de realizar en nuestro tiempo para el espíritu y lo anímico, la ciencia espiritual. En sus fundamentos la ciencia espiritual no pretende ser para la vida espiritual-anímica otra cosa que algo similar a lo que las ciencias naturales llegaron a ser en aquel tiempo, para la vida natural exterior. Por ejemplo, quien piensa que nuestra ciencia espiritual se vincula de alguna manera con la antigua gnosis, no percibe que con la concepción científico-natural entró algo nuevo en la evolución espiritual de la humanidad, y que, a causa de este nuevo elemento, la ciencia espiritual análogamente debe ser algo nuevo para la investigación de los mundos espirituales. Pero si la ciencia espiritual quiere ser para el espíritu lo mismo que la ciencia natural para la naturaleza, aquélla debe investigar de un modo totalmente diferente que ésta, pues la ciencia espiritual tiene que buscar la posibilidad que le permita penetrar en las regiones espirituales, las que no se pueden percibir mediante los sentidos físicos exteriores, ni comprender con el intelecto que depende del cerebro.

En el presente todavía es difícil hacerse comprensible con respecto a los recursos que la ciencia espiritual busca para penetrar en el ámbito espiritual, pues los círculos más amplios consideran el mundo espiritual como algo desconocido, e incluso piensan que el mismo debe quedar desconocido. Ciertamente la ciencia espiritual nos muestra que la fuerza cognoscitiva que el hombre posee para la vida común y también emplea en la ciencia común, no puede penetrar en el mundo espiritual. A este respecto la ciencia espiritual está plenamente de acuerdo con determinados sectores de las ciencias naturales. Más éstas no conocen ciertas capacidades que dormitan en el hombre, pero pueden desenvolverse.

En el presente también es difícil hablar sobre dichas capacidades, puesto que en amplios círculos las mismas se confunden con toda clase de fenómenos patológicos del hombre. Así por ejemplo, se dice que el hombre puede llegar a ciertas capacidades anormales, y el conocedor científico explica

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

entonces: ciertamente, pero esas capacidades sólo se deben a que el estado normal del sistema nervioso, del cerebro, se ha tornado anormal, patológico. En todos los casos en que al naturalista le asiste la razón, el investigador espiritual lo admite sin más. Sin embargo, no se debería confundir lo correspondiente a la ciencia espiritual con lo que en sentido trivial se puede llamar clarividencia; ni tampoco hay que confundir la ciencia espiritual con lo que aparece con la denominación espiritismo, etc. etc. Lo esencial consiste en que se debe distinguir entre la ciencia espiritual y todo aquello que de algún modo se debe a disposiciones humanas patológicas.

Con el fin de aclarar debidamente este punto, debo referirme, al menos brevemente, a la manera de cómo el investigador espiritual procede para hacer sus investigaciones. Estas últimas se basan en algo que no tiene nada que ver con las fuerzas anímicas del hombre, en cuanto las mismas dependen de la organización corpórea. Si se dijera, por ejemplo, que la ciencia espiritual se basa en lo que se alcanza por medio de un cierto ascetismo, o en algo que se obtiene preparando o incitando de algún modo el sistema nervioso, todas estas afirmaciones serían erróneas. Lo que el investigador espiritual tiene que hacer para adquirir la facultad de percibir el mundo espiritual, son sucesos de índole puramente espiritual-anímica, totalmente ajenos a cambios corporales; asimismo ajenas a las visiones que se deben a procesos patológicos del cuerpo.

El investigador espiritual prestará cuidadosamente atención en que lo corpóreo no influya sobre lo que él percibe espiritualmente. Sólo de paso lo digo: si un gran número de adherentes a la ciencia espiritual son vegetarianos, esto es cuestión de gusto que en principio no tiene nada que ver con los métodos de investigación espiritual; pero sí puede contribuir a cierto alivio vital, e incluso en cierto modo a una forma más cómoda de la vida, puesto que espiritualmente se trabaja mejor, si no se come carne.

El aspecto principal consiste en que los caminos de investigación de la ciencia espiritual comienzan donde termina la ciencia natural moderna. La humanidad en cierto modo debe a la concepción naturalista la lógica que se guía a sí misma según los hechos de la naturaleza. Una importante formación interior con respecto al íntimo manejo del pensar se ha realizado en quienes se han dedicado a las ciencias naturales. Mediante un parangón trataré de posibilitar la comprensión de la relación que existe entre la investigación de la ciencia espiritual y la de las ciencias naturales. El pensar que emplea el naturalista lo quiero comparar con las formas de una estatua. La lógica creada

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

al ocuparse de los hechos naturales exteriores no tiene vida, es como algo muerto. Los conceptos, las representaciones del pensar lógico son imágenes; pero éstas no son más que formas interiores de pensamientos, lo mismo que las formas de una estatua son formas.

Ahora bien, el investigador espiritual parte del pensar descrito. En mi libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?”, se encuentran indicaciones acerca de lo que se debe hacer con el pensar para que se convierta en algo totalmente distinto de lo que el mismo es en la vida y en la ciencia comunes. El investigador espiritual desarrolla su pensar de un modo sistemáticamente disciplinado. En estas breves alusiones no puedo explicarlo detalladamente. Los pormenores se describen en dicho libro. Cuando la lógica que obra en el hombre se maneja de una determinada manera, sobreviene un cambio de toda la íntima vida anímica. Sucede algo que transforma la vida del alma, haciendo de ella algo distinto. Nuevamente lo voy a ilustrar por medio de un parangón.

Imagínense, estimados oyentes, — naturalmente no puede suceder, pero supongamos que tenga lugar — que una estatua que antes sólo existía en formas muertas, repentinamente empieza a caminar, a tener vida. Ciertamente, la estatua no lo puede hacer, pero el pensar humano, la íntima actividad lógica, sí lo realiza. A través de los ejercicios del alma que el investigador espiritual desarrolla, él se coloca en tal estado que en sí mismo posee no solamente una lógica conceptual, sino una lógica viva, de modo que en él la lógica llega a transformarse en un ser viviente. Debido a ello, en lugar de conceptos muertos, capta en sí un obrar viviente, se penetra de un obrar viviente. Y si la investigación espiritual dice que aparte del cuerpo físico exteriormente visible, el ser humano tiene un cuerpo etéreo, no se trata de algo imaginario, sino se refiere a que el hombre, debido al haber dado vida a su pensar lógico, experimenta en su ser a un segundo hombre. Se trata de una experiencia que se llega a tener. Pero es preciso tenerla para que pueda formarse la ciencia acerca del hombre espiritual, al igual que se deben hacer los experimentos exteriores de la ciencia natural, con el fin de descubrir los secretos de la naturaleza.

De un modo igual a como se transforma el pensar para que no solamente conduzca a imágenes, sino que se torne interiormente móvil y viviente, así también se puede desarrollar la voluntad en cierto sentido. Los métodos que permiten influir sobre la voluntad en tal forma que llegue a ser distinta de lo que la misma es en la vida común, también se describen en el ya

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

mencionado libro. Por el desarrollo de la voluntad se llega a algo distinto de lo que se alcanza por el desarrollo del pensar. Cuando en la vida común tenemos una voluntad, cuando se trabaja, la voluntad en cierto modo penetra en los miembros del hombre. Decimos: yo quiero, movemos las manos, pero sólo por tal movimiento se expresa la voluntad. En su esencia nos queda desconocida. Pero por medio de ciertos ejercicios es posible desligar la voluntad de su ligación con los miembros. Se puede experimentar la voluntad separadamente. El pensar lo podemos hacer móvil, de modo que se torna interiormente viviente, llega a ser algo así como un cuerpo etéreo. La voluntad la podemos desprender de su nexa con la corporalidad, y así se experimenta el tener en sí mismo a un segundo hombre, en un sentido mucho más elevado que en cuanto al pensar. Por el desarrollo de la voluntad se siente tener en sí mismo a un segundo hombre, el que tiene una conciencia propia. Por el debido trabajo para desarrollar la voluntad se llega a algo que sólo es posible explicar, si les hago recordar que en la vida común hay dos estados alternantes: la vigilia y el sueño. Despierto se vive conscientemente; durante el sueño se apaga la conciencia.

Si se afirma que lo anímico-espiritual no deja de existir entre el dormirse y el despertar, se trata, por de pronto, de una mera aserción; pero es cierto que entonces lo anímico-espiritual ya no está en el cuerpo, sino fuera del mismo. El investigador espiritual es capaz de dar a voluntad a su vida corporal la misma forma que ella involuntariamente llega a tener al dormirse el hombre. El ordena a los sentidos y al intelecto común que se detengan; lo logra a través del desarrollo de la voluntad. Y entonces tiene lugar el que en cierto modo se provoca a voluntad el mismo estado que por lo común se tiene involuntariamente cuando se duerme. Sin embargo, lo que así se ha provocado está, por otra parte, enteramente en contraste con el sueño, pues, mientras que durante el sueño se es inconsciente, no se sabe nada de sí mismo y del mundo circundante, se sale conscientemente del cuerpo, al haber desarrollado la voluntad de la referida manera; se percibe el cuerpo, fuera de sí mismo, así como por lo común se percibe un objeto exterior. Así se nota: en el ser humano vive verdaderamente un observador de su pensar y su actuar. No es una imagen, no es una expresión simbólica, sino una realidad. En nuestra voluntad vive algo que en nuestro interior nos observa constantemente; a este observador se le podría considerar como mera imagen, pero el investigador espiritual le conoce como realidad, lo mismo que objetos sensibles son realidades. Cuando se tiene a ambos: al móvil hombre pensante, el hombre

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

etéreo, y al observador interior, se está situado en un mundo espiritual, en el cual realmente se vive, al igual que con los sentidos se vive en el mundo sensible. De esta manera se descubre en el ser humano a un segundo hombre, lo mismo que por los métodos naturalistas se encuentra en el agua el oxígeno.

Lo que se alcanza por el pensar desarrollado no son visiones imaginarias, sino visiones espirituales de realidades; lo que se alcanza por medio de la voluntad desarrollada, no son experiencias comunes del alma, sino el descubrimiento de una conciencia distinta de la común. Influyen entonces, recíprocamente, el uno sobre el otro: el hombre que es lógica móvil, y el otro que es conciencia superior; y cuando se los llega a conocer, se conoce lo que del ser humano existe, incluso cuando su cuerpo físico se desintegra, es decir, cuando el hombre pasa por el portal de la muerte. Se llega a conocer la entidad humana que no actúa por medio del cuerpo exterior, sino el ser espiritual-anímico que existirá después de la muerte y que ya existía antes del nacimiento, o bien, antes de la concepción. Se llega a conocer el ser eterno del hombre en tal forma que en cierto modo se lo ha sacado del hombre común mortal, así como por un proceso químico se ha sacado el oxígeno del agua.

Mis estimados oyentes, es lo más natural que en el presente todo lo ahora expuesto todavía se considere como fantasioso; con respecto a las ideas habituales es tan fantástico como parecía fantástico, cuando Copérnico decía: no es el sol que se mueve alrededor de la tierra, sino la tierra se mueve alrededor del sol. Pero lo que parece ser tan fantasioso, es en verdad, simplemente desacostumbrado. No se trata de que con lo ahora expuesto se haya dicho algo imaginado, sino de que lo espiritual se experimenta verdaderamente como un hecho, a través de experiencias interiores. El investigador espiritual no se limita a hablar de la naturaleza humana como compuesta por cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral, etc., sino que muestra que, si se la considera en su totalidad, la naturaleza humana se divide en determinados principios, por los cuales está constituida. Y considerándolo todo según sus fundamentos, dichos principios de la entidad humana no aparecen como algo mágico o místico, en un sentido despreciativo. Es que la ciencia espiritual muestra que el ser humano está compuesto por distintos matices de la naturaleza humana; y esto es, en un ámbito superior, nada más que en otro campo el hecho de que la luz se puede hacer aparecer de tal manera que la misma se divide en siete colores. Así como es preciso descomponer la luz en siete colores, para poder estudiarla, también se debe especificar las partes de la naturaleza humana, a fin de poder estudiarla

realmente.

No hay que esperar que se pudiese hacer ver con los ojos lo que es espiritual, antes bien es necesario experimentarlo interior y espiritualmente. Y para el que no admite como un hecho la experiencia interior espiritual, será palabrería vacía todo lo que diga el investigador espiritual, mientras que para quien llega a conocer los hechos espirituales, las palabras del investigador espiritual son realidades en un sentido mucho más profundo que lo son los hechos físicos. Cuando la planta crece y desenvuelve flores y frutos, se desarrolla del germen una nueva planta y quien llega a conocer el germen, sabe que el mismo tiene en sí toda la fuerza de la planta; y del germen se formará una nueva planta.

Para llegar a conocer lo espiritual-anímico es preciso partir de hechos espiritual-anímicos; así se sabe: En el pensar viviente captado por la conciencia suscitada por la voluntad, se tiene conocimiento de un germen vital que pasa por el portal de la muerte y después de ésta por el mundo espiritual, para volver a una nueva vida terrenal. Y como es verdad que del germen de la planta se desarrolla una nueva planta, así también es verdad que de lo que existe en el hombre como núcleo de su ser, se desenvuelve una nueva vida terrenal. En el hombre del presente se percibe dicho hombre nuevo, puesto que éste llega a ser interiormente viviente.

Las ciencias naturales tienen métodos que permiten calcular determinados acontecimientos que tienen lugar en el futuro. Por la posición y la relación recíproca de la posición del sol y la luna se puede calcular cuándo se producirán futuros eclipses de sol y luna. Lo mismo se puede calcular, sobre la base del conocimiento de los respectivos factores, cuándo en el futuro tendrá lugar una determinada constelación estelar. En tales casos, puesto que se trata del espacio exterior, hay que servirse de la matemática. Pero lo que como germen vital se experimenta interiormente, también contiene, de un modo viviente, las indicaciones con respecto a las futuras vidas terrenales. Así como en las relaciones entre sol y luna se expresan las indicaciones acerca de futuros eclipses, así también, en lo que ahora vive en nosotros, se señalan futuras vidas terrenales. Pero en ello no se trata de lo que en el sentido de conceptos de tiempos pasados se llama transmigración de las almas, sino que se nos presenta algo que la investigación espiritual moderna encuentra según los hechos de la vida espiritual, los que se pueden investigar.

Ahora bien, para poder comprender los verdaderos fundamentos de la investigación espiritual, es necesario considerar cuidadosamente ciertos

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

hechos. Por el empleo del pensar y querer de la manera referida se logra salir del cuerpo con lo espiritual-anímico. Se está entonces fuera del cuerpo y al igual que comúnmente se perciben los objetos exteriores, se tiene ante sí el propio cuerpo físico. Pero lo esencial consiste en que realmente siempre se lo puede observar. Y cuando se trata de investigación espiritual en el verdadero sentido de la palabra, tal como aquí se la entiende, jamás debe producirse lo que sobreviene en todo tipo de vida anímica patológica. ¿En qué consiste lo característico en los casos de la vida anímica anormal, patológica?. Cuando alguien se halla en un estado hipnótico, o en el llamado de trance, y si tal persona entonces habla desde lo subconsciente, lo que muchas veces se califica como una especie de clarividencia, esencialmente se trata de que la conciencia común no exista, mientras que actúa la conciencia alterada; aquélla está apagada, transformada en una conciencia anormal. Jamás se podrá decir que al lado del estado anímico anormal y patológico existe, al mismo tiempo, el estado anímico sano, ya que en tal caso el hombre no estaría enfermo o anormal.

En la verdadera investigación espiritual es así que el hombre entra en una conciencia cambiada, pero que él está continuamente al lado de sí mismo. El estado verdadero del investigador espiritual no se desarrolla *desde* la vida anímica normal y común, sino *al lado* (además) de la misma. Quien realmente es investigador espiritual vive, durante la investigación, fuera de su cuerpo, pero este cuerpo con toda su actividad anímica normal, con el intelecto común totalmente normal, sigue actuando, sin interrupción. Como verdadero investigador espiritual sigue siendo un hombre normal, a pesar de que, con lo desarrollado en sí, ha salido de su cuerpo y, sin que la persona que no puede entrar en la investigación espiritual tenga que darse cuenta de que aquél vive en otro mundo. En cambio, al lado del hipnotizado no está el no hipnotizado; al lado del individuo de una vida anímica patológica no está el hombre con la vida anímica normal, mientras que se nos muestra precisamente lo característico de que durante la investigación espiritual subsiste plenamente el estado normal humano.

Justamente por este hecho el investigador espiritual puede distinguir exactamente entre la verdadera investigación espiritual y lo que tiene lugar en toda clase de estados anímicos patológicos. Otro error se presenta cuando se piensa que la investigación espiritual tiene algo en común con el espiritismo vulgar. Con ello no niego que por el espiritismo se pueden encontrar diversos hechos; pero estos pertenecen al campo de las ciencias naturales, no a la

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

ciencia espiritual, pues lo que se encuentra por el espiritismo, aparece ante los sentidos exteriores, sea a través de materializaciones, sea por medio de sonidos, o cosa parecida. Todo cuanto puede aparecer para los sentidos es asunto de las ciencias naturales. En cambio, lo que llega a ser objeto del investigador espiritual, es de índole espiritual-anímica y no es posible mostrarlo exteriormente, por ejemplo en el espacio, sino que se lo debe experimentar interiormente. Por lo que se vive interiormente, según lo descrito, se forma una extensa ciencia espiritual, la que informa no solamente sobre el ser humano, sobre las vidas terrenales repetidas, sino también sobre lo que forma la base de la naturaleza como mundos y seres espirituales. La investigación espiritual puede entrar en el mundo por el cual pasa el hombre después de la muerte. Pero no hay que creer que aquello que en cierto sentido aparece como facultades anormales de la vida común, tiene importancia en la ciencia espiritual. En nuestro tiempo muchas veces se oye decir que puede haber captación de los pensamientos a distancia (telepatía). En esta conferencia no puedo referirme más extensamente a esta cuestión. En el curso del tiempo hemos de acostumbrarnos a lo más diverso. Precisamente en nuestro tiempo serios científicos se vieron llamados a examinar la importancia de la varita mágica, la que en el presente se emplea tan ampliamente, y con respecto de la cual uno de los investigadores más serenos está haciendo ensayos con el fin de averiguar bajo qué influjo vive una persona que emplea la varita mágica con ciertos resultados positivos. Pero todo esto pertenece a lo delicado de la ciencia natural, lo mismo que la telepatía. Pero la verdadera investigación espiritual no puede servirse de semejantes fuerzas con el fin de alcanzar conocimientos del mundo espiritual-anímico. Quien cree que la ciencia espiritual considera la doctrina de la captación a distancia como otra cosa que un sector de una fisiología refinada, desconoce aquella totalmente.

El método y lo característico de la ciencia espiritual no deben confundirse con lo que ahora aparece como espiritismo. Cuando la ciencia espiritual dirige sus pensamientos hacia las almas humanas que entre la muerte y un nuevo nacimiento pasan por una vida puramente espiritual, en el mundo espiritual, dicha ciencia sabe que esas almas están en aquel mundo en un estado anímico. Y lo que en nuestro cuerpo existe como lo espiritual-anímico, puede dirigirse a los difuntos de tal manera que con éstos se llega a tener un vínculo real; pero el dirigirse a los difuntos debe tener un carácter espiritual-anímico. Esto resulta de la ciencia espiritual. Y el dirigirse a los queridos difuntos a través de la propia vida anímica, mientras todavía se está

en el mundo físico, puede tener una profunda significación. No puede tener contradicción con ninguna confesión religiosa, si justamente la concepción científico-espiritual induce a cultivar la convivencia con los difuntos. Pero lo mismo hay que tener presente que el difunto sólo percibirá el afecto que le tenemos en el alma, si él desea tener el vínculo con nosotros. Esto también resulta de la investigación espiritual; y el investigador espiritual está lejos de hacer fuerza sobre el difunto, pues sabe bien que el difunto vive en una esfera en que rigen otras condiciones volitivas que en el mundo físico; y si el investigador espiritual quisiera penetrar en el mundo espiritual con lo que él puede desarrollar en el mundo físico, se vería ante algo que — para expresarlo por medio de un parangón — se le presentaría como si en una reunión de gente, desde lo subterráneo, repentinamente apareciera un león y causara un desastre. Semejante desastre sería el resultado, si un hombre terrestre penetrara indebidamente en la vida de los difuntos. Dentro de la ciencia espiritual no se puede hablar de un conjurar los difuntos, como el espiritismo trata de hacerlo, puesto que precisamente el vínculo del hombre terrestre con los difuntos se glorifica maravillosamente a través de lo que la ciencia espiritual despierta en nuestra alma. Debido a que entre los diversos errores que contra la antroposofía se aducen, también figura la aserción de una relación con el espiritismo, precisamente con respecto a los difuntos, es necesario destacar especialmente tal error, pues justamente lo contrario es la verdad.

Repito que no quiero hacer propaganda sino sólo referirme claramente a los errores existentes, y aclarar en debida forma la posición de la ciencia espiritual frente a tales hechos.

También hay quienes preguntan — y se destaca que se trata de una cuestión que fácilmente surge — cómo piensa la ciencia espiritual o antroposofía sobre la vida religiosa. Hay que responder que por su naturaleza ella jamás ha de inmiscuirse en ninguna confesión religiosa, ni tampoco en la vida religiosa de cualquier orientación. De la siguiente manera lo voy a explicar más claramente. Tomemos el caso de la ciencia natural. Al respecto no nos imaginamos que por el hecho de saber algo sobre la naturaleza somos capaces de *crear* algo en la misma, pues el conocimiento no da la posibilidad de crear algo en la naturaleza. Del mismo modo no hemos de imaginarnos que por el conocimiento de las condiciones espirituales podemos crear algo en los hechos espirituales. Observamos y consideramos las condiciones espirituales, y la ciencia espiritual trata de descubrir los secretos de las condiciones

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

espirituales del mundo. En la vida histórica de la humanidad las religiones son hechos, y la ciencia espiritual ciertamente también puede contemplar los acontecimientos espirituales que en el curso de la evolución del mundo aparecieron como religión. Pero la ciencia espiritual jamás puede tener el propósito de crear una religión, tan poco como la ciencia natural tiene la ilusión de crear algo en la naturaleza. Es por esta razón que en el ámbito del concepto científico espiritual podrán vivir conjuntamente, en la más profunda paz y en plena armonía, las más diversas confesiones religiosas, buscando el conocimiento de lo espiritual, en tal forma que con ello no se estorba de modo alguno lo que el individuo posee como convicción religiosa, ni tampoco la intensidad de practicar la confesión religiosa y el culto correspondiente ha de sufrir menoscabo por lo que el hombre encuentra en la ciencia espiritual. Antes bien hay que decir que la ciencia natural tal como apareció en el tiempo moderno, frecuentemente enajenó la gente de un entendimiento religioso de la vida, de la verdadera religiosidad interior. Una de las experiencias que hacemos con la ciencia espiritual precisamente consiste en que los hombres que por las verdades a medias de las ciencias naturales quedan enajenados de toda vida religiosa, pueden encontrar nuevamente el camino a ésta, mediante la ciencia espiritual. Y como nadie ha de ser enajenado de su vida religiosa por la ciencia espiritual, tampoco se puede decir que ella, por su carácter, es una confesión religiosa. Ni quiere crear una confesión religiosa, ni cambiar al hombre, de modo alguno, con respecto a su confesión religiosa. Pero parece que hay quienes se preocupan con respecto a la religión de los antropósofos, lo que en verdad no tiene fundamento, puesto que dentro de la Sociedad Antroposófica existen todas las confesiones religiosas libremente. La ciencia espiritual quiere abarcar el mundo entero, incluso la consideración de la vida histórica con todo aquello que como suprema espiritualidad apareció en la vida histórica. Por esta razón también extiende sus contemplaciones sobre las religiones, lo que de ningún modo contradice lo que acabo de expresar. A esto se debe que las consideraciones científico-espirituales en cierto sentido conducen a profundizar la vida humana, incluso con respecto a lo religioso.

Por otra parte, si se acusa a la ciencia espiritual de no hablar de un Dios personal, y de que yo mismo prefiero hablar de la divinidad en vez de Dios, como si en la ciencia espiritual lo divino tuviese un carácter similar al panteísmo de los monistas o naturalistas, se afirma con ello lo contrario de la verdad. Precisamente el hecho de que la ciencia espiritual nos conduce a la realidad de entidades espirituales, incluso a reconocer la entidad real del

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

difunto, porque se llega a reconocer verdaderos seres espirituales, nos hace comprender perfectamente cuan absurdo es querer negar la personalidad de Dios. Por el contrario se llega a admitir que se puede hablar no solamente de la personalidad, sino hasta de la superpersonalidad de Dios. Justamente por la ciencia espiritual se llega a la refutación fundamental del panteísmo.

No se lo podrá considerar como algo injustificado, si el investigador espiritual se expresa con profunda devoción cuando se basa en los sentimientos relativos a lo divino, los que su ciencia despierta en él. En los círculos de sus adherentes muchas veces se afirma: “Vivimos y tejemos en Dios”. Y quien intente abarcar el Ser de Dios con un concepto, no sabe que con la suma de los conceptos no se alcanza a expresar lo que es Dios, puesto que todos los conceptos están en Dios. Y la antroposofía conduce a sentir como algo muy natural el que se reconozca a Dios como un Ser que en un sentido mucho más elevado que el hombre mismo, en un sentido del que incluso por la ciencia espiritual no se alcanza a tener idea, posee personalidad. Por la ciencia espiritual los conceptos religiosos no se hacen nebulosos en un sentido panteístico, sino que se profundizan en cuanto a su naturaleza. Si se suele afirmar, según la convicción de mucha gente religiosa, que Dios se revela en nuestro corazón, en nuestra alma, la ciencia espiritual responde que con ello ciertamente no se intenta endiosar al hombre.

Frecuentemente me he servido del parangón: si digo que una gota tomada del mar es agua, no digo que esta gota es el mar. Si digo que en cada alma humana habla lo divino, cual una gota del mar de lo divino infinito, no expreso con ello nada que pudiese endiosar al alma individual. Y no digo nada en sentido panteísta de identificar la naturaleza con Dios, Y cuando finalmente, por sentimientos fundamentales suscitados por la ciencia espiritual, no se expresa el nombre de Dios, sino se lo define con devoción, pienso que a ello no se puede oponer nada desde el punto de vista religioso; e incluso uno de los diez mandamientos dice: “No tomarás en vano el nombre de Jehová tu Dios”. ¿No se lo podría considerar como un incentivo que surge de la ciencia espiritual, para el fiel cumplimiento de este mandamiento, cuando ella no expresa continuamente el nombre de Dios?.

¿Y el nombre de Cristo, el Ser de Cristo?. Puedo responder que es precisamente la ciencia espiritual la que se esfuerza ampliamente por llegar a la comprensión de la entidad de Cristo, sin que jamás se produzcan discrepancias con lo que sobre la base de verdaderos fundamentos desarrolle cualquier confesión religiosa. Sin embargo, justamente en este campo se

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

experimenta algo singular. Ocurre, por ejemplo, que alguien nos dice que tiene esta o aquella opinión, este o aquel sentimiento acerca del Cristo-Jesús, y se le responde: Ciertamente se reconoce tal sentimiento como enteramente justificado, sólo que la ciencia espiritual conduce a pensar algo más sobre el Cristo. Ella no niega lo tuyo, lo admite, sólo que tiene que agregar otras cosas más.

Precisamente, debido a que la ciencia espiritual extiende la mirada espiritual del alma, sobre el mundo espiritual, se hace necesario reconocer en el Ser al que el cristiano alza la vista, como a su Cristo, no solamente Aquel que apareció en la tierra, sino de considerarlo en relación con todo el cosmos. Y de ello resultan otros hechos más. Pero tal resultado no quita nada al conocimiento acerca del Cristo, sino que añade algo a lo que el hombre realmente religioso, el verdadero cristiano, dice sobre el Cristo. Y cuando alguien ataca el concepto de la ciencia espiritual referente al Cristo, es como si tal persona dijera: yo digo esto y aquello con respecto al Cristo, ¿Tú lo crees?. Y al responderle que sí, objeta: “Bien, pero tú crees no solamente esto, sino también algo más”. Pero él no lo permite. No se contenta con que se admite lo que él sostiene, sino que prohíbe a uno afirmar sobre el Cristo algo más sublime, más grandioso que él mismo quiere expresar.

¿Puede ser verdaderamente algo herético, si la ciencia espiritual, sobre la base de la observación de lo que como Espíritu obra en toda la evolución del mundo y del hombre llega a decir: toda la existencia terrestre no tendría sentido para el universo, si dentro de esta existencia terrestre no se hubiera realizado el Misterio de Gólgota?. Es más, el investigador espiritual debe decir: Si habitantes de mundos lejanos pudiesen mirar hacia abajo a la tierra y percibir lo que ella es, no encontrarían ningún sentido en todo el curso evolutivo de la tierra, si en ella no hubiera vivido, sufrido la muerte y resucitado el Cristo. El acontecimiento de Gólgota da a la vida terrenal el sentido y contenido para el mundo como una totalidad. Quien se interesara por la investigación espiritual, vería que por ella no se disminuye la veneración y la consagración al Cristo, sino por el contrario, se aumenta.

El tiempo está limitado y no puedo hablar de otros errores con respecto a pensamientos que se dice que rigen sobre la Biblia en los círculos antroposóficos, como se suele decir, aunque mejor sería hablar de antroposofía. Se trata de que se puede ser un buen investigador espiritual, sin tomar en consideración lo que sobre determinadas bases se comunica para los círculos de nuestra Sociedad, los que desean saber algo sobre los Evangelios o

la Biblia en general. Pero si tales explicaciones se consideran dentro del nexo total, se verificará que jamás he dicho el disparate de que es posible comprobar las vidas terrenales repetidas por lo que dice la Biblia, donde se habla sobre Natanael. Se afirma que cuando el Cristo decía: “cuando estabas debajo de la higuera te ví”, El hacía alusión a una encarnación anterior, en la que Jesús habría visto a Natanael sentado bajo la higuera. Frente a tales equivocaciones sólo puedo asombrarme de que las mismas pueden haberse formado de lo realmente dicho, y de cómo se convierten mis palabras en lo contrario como en este caso.

No puedo ahora refutar otros errores que fácilmente se podrían rebatir. Sólo quiero referirme a que se podría preguntar: ¿Cuál es su opinión con respecto a que en la Biblia no figura nada sobre las vidas terrenales repetidas?. Alguien podría decir que no puede creer en las vidas terrenales repetidas por la simple razón de que según su convicción hay una contradicción entre tal idea (la que por cierto reconocieron genios como p. e. Lessing) y lo que dice la Biblia.

Mis estimados oyentes, se llegará a reconocer las vidas terrenales repetidas como un hecho científico espiritual; y sobre la relación con la Biblia de tal hecho científico, el que necesariamente una vez se debía encontrar, se aprenderá a pensar de la siguiente manera: ¿Podría considerarse posible que alguien diga que no cree que existe América, ya que la Biblia no lo dice?. ¿Se diría algo en detrimento de la Biblia, si se afirmara: considero totalmente en concordancia con mi veneración de la Biblia, creer que existe América, aunque la Biblia no lo dice?. ¿Acaso figura algo en la Biblia en el sentido de que la cosmovisión copernicana es acertada?. Hubo gente quienes por tal razón consideraban la cosmovisión copernicana como errónea, como algo prohibido. En nuestro tiempo, entre los hombres de la cultura actual, nadie podrá decir que existe una contradicción entre la doctrina de Copérnico y la Biblia - a pesar de que dicha doctrina no figura en la Biblia.

Igualmente, con respecto al hecho científico-espiritual de las vidas terrenales repetidas se podrá decir que el reconocimiento de las sagradas verdades de la Biblia no sufre menoscabo debido a que la misma no dice nada sobre aquel hecho, e incluso hay pasajes que se podrían interpretar como contradictorios referentes a dicho conocimiento. Sólo hace falta considerarlo todo desde el punto de vista adecuado, y entonces se puede hacer recordar que en el curso del tiempo sobrevienen muchos cambios. Cuando alguien dice que no reconoce las vidas terrenales repetidas por la simple razón de que tal idea

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

está en contradicción con la Biblia, siempre tengo que pensar que hubo un tiempo en que a Galilei, por el motivo de que afirmó algo que aparentemente fue contradictorio respecto a la Biblia, se le trató, como se sabe, de una manera extraña. También a Giordano Bruno se le trató de un modo extraño, por el haber dicho algo que — según se sostenía — no se podía comprobar por medio de la Biblia.

Al respecto, tengo que referirme a un sacerdote que hace unos años se hizo cargo del rectorado de una universidad y quien en su disertación, como sacerdote católico, expresó las siguientes palabras: “Sabemos que los tiempos cambian, y con ello la manera como los hombres acogen los conocimientos. A su tiempo se trató a Galilei de la manera conocida; pero en el presente cada verdadero cristiano comprende que por el descubrimiento de la grandiosidad del universo, tal como se lo llegó a conocer por Galilei, sólo se puede aumentar y no disminuir la gloria, la magnificencia de Dios, con la consagración correspondiente”. Esto fue verdaderamente digno de un sacerdote cristiano, como asimismo el hermoso reconocimiento de Galilei, por toda disertación de este sacerdote.

Sobre el cristianismo y lo que el Cristo es para el mundo, el investigador espiritual tiene que decir: Cuan poca fe tienen los que piensan que por algún descubrimiento físico o espiritual podría disminuirse la grandiosidad que fluye de la Revelación de Cristo. Quienes piensan que el brillo del Advenimiento de Cristo y su influencia podrían disminuirse por tales causas, que entonces también piensen que el sol podría perder fuerza por el hecho de que da su luz no solamente para Europa, sino también para América.

Por todo lo que en el futuro se descubra como hechos físicos o espirituales, las grandes verdades del cristianismo lucirán tanto más. Lo reconoce precisamente quien llega a comprender el impulso de Cristo y todo el concepto cristiano del mundo en el sentido de la investigación espiritual; él sabe que no se piensa adecuadamente sobre el cristianismo, si se cree que cualquier investigación natural o espiritual lo podrían poner en peligro.

Es de esperar que se llegue a vencer los diversos errores con respecto a la concepción para la cual el edificio del Goetheanum es signo exterior y lugar de trabajo. Sobre el edificio mismo sólo me incumbe decir que su destino no es otro que la configuración artística de lo que en nuestros sentimientos, en nuestro ánimo se despierta al haber acogido en el alma lo viviente de la ciencia espiritual, la antroposofía. Con este edificio no se intenta de modo alguno expresar por sus formas, mediante símbolos o alegorías, las ideas de la

ciencia espiritual.

Supongamos que alguien dijese: De todos modos hace falta conocer las ideas de la ciencia espiritual, para poder comprender lo que ahí se percibe. Pues bien, esto lo tiene en común el arte de este edificio con cualquier otro arte. Consideremos la *Madona Sixtina*, el maravilloso cuadro de la madre con el niño Jesús. Si un hombre que jamás ha oído hablar del cristianismo se halla ante la *Madona Sixtina*, hay que explicarle de qué se trata; no obstante, tal persona, a base de sus sentimientos, no comprenderá espontáneamente lo que ve. Así también es lo más natural que se debe vivir dentro de la corriente de la ciencia espiritual para poder comprender su arte, lo mismo que se debe estar dentro del cristianismo si, por ejemplo, se quiere comprender la *Madona Sixtina*.

En el edificio del Goetheanum no se ha tratado de expresar simbólicamente ideas antroposóficas, sino que todo se basa en el hecho de nuestro concepto del mundo, de que la ciencia espiritual es algo — esto resulta de lo expresado en esta conferencia — que influye sobre el interior del hombre tan viviente y tan fuertemente que se despiertan capacidades que por lo común dormitan, inclusive capacidades artísticas. Y puesto que la ciencia espiritual es algo nuevo — no un nombre nuevo para algo ya habido, sino verdaderamente nuevo — tal como la ciencia natural del presente es algo nuevo frente a la ciencia natural de la Edad Media, así también el arte de la ciencia espiritual tiene que ser algo nuevo, en comparación con obras de arte existentes. El estilo gótico apareció como un arte nuevo al lado del antiguo; y quien opina que sólo debería ser válido el estilo antiguo, que censure entonces el estilo gótico; lo mismo se podría despreciar un estilo nuevo proveniente de un nuevo modo de sentir.

Particularmente se habla mal de una construcción para la caldera. Con ella se ha tratado de construir algo de utilidad práctica con el material más moderno, el hormigón que se ha empleado adecuadamente. Si alguien interpreta tal forma en sentido simbólico, imaginándose toda clase de símbolos, no es más que un soñador, un hombre fantasioso, pues no ve lo que existe. Así como la cáscara de la nuez tiene la forma que corresponde a la carne, así también el artista, haciendo una construcción, trata de formar una envoltura para el contenido, una envoltura natural, de modo que por la forma exterior se exprese lo que contiene. Se puede comprender que algunos no la encuentren bien hecha, ya que es preciso acostumbrarse. Pero que se trate entonces de comparar nuestro edificio de caldera con una chimenea de las que

en el presente se hacen, con una chimenea de ladrillos rojos y lo demás.

Ciertamente somos conscientes de que lo ensayado con nuestro Goetheanum es un principio, e incluso imperfecto, pero el comienzo de algo que como nuevo estilo arquitectónico proviene de un nuevo concepto del mundo. También hubo quienes decían: en la sala principal se han colocado siete columnas de cada lado. Esto quiere decir que se trata de una Sociedad de supersticiosos que creen en lo místico de la septena.

Pero lo mismo se podría considerar supersticioso al que percibe siete colores en el arco iris, y en realidad habría que decir que la naturaleza que lo produce es supersticiosa. Para hablar de estas siete columnas no habría que considerar en primer lugar el número, sino fijarse en lo nuevo que se ha ensayado. Por lo común se colocan columnas iguales unas al lado de otras. En cambio, en cuanto a nuestras columnas se tiene la idea de los capiteles en desarrollo continuo; la segunda es diferente de la primera, la tercera también diferente; cada capitel nace del que le precede, y así resulta un organismo que obedece a la ley, lo mismo que los siete tonos musicales desde la prima hasta la séptima.

Se podrá verificar que de ningún modo se ha partido de determinadas ideas, del simbolismo, de lo misterioso, sino que siempre se ha tratado de desarrollar lo artístico en formas, colores, etc. Se ha buscado hacer de todo el edificio la envoltura adecuada a lo que en el mismo ha de cultivarse. Los edificios tienen paredes; pero en las construcciones de ahora se está acostumbrado a formar las paredes como para aislar en sí los recintos. Por dentro, nuestras paredes están revestidas de formas de tal manera que no se tiene la sensación que por la forma se aísla el espacio, sino que se tiene en cuenta la sensación de que la pared es como translúcida, de modo que se mira hacia lo infinito. Por medio de las formas las paredes están hechas de tal modo que — por decirlo así — se borran a sí mismas, y que se permanece unido con la naturaleza y el mundo entero.

Mediante estas breves consideraciones no ha sido mi intención convencer a nadie; sólo he tratado de alcanzar lo destacado al principio, esto es, de dar un estímulo, no de convencer. Pero en general quisiera llamar la atención sobre lo siguiente. El modo de cómo se llega a penetrar en una cosmovisión depende de lo característico del pensar. Y el que conoce la evolución espiritual de la humanidad, sabe que la verdad siempre se ha desarrollado a través de obstáculos. Imaginémos que Giordano Bruno tuvo que dirigirse a una humanidad que siempre había pensado: allí arriba está el

firmamento celeste, allí termina el espacio. Y él tuvo que decir a los hombres: allí donde vosotros percibís el firmamento celeste, no hay nada; vosotros mismos lo colocáis percibiéndolo. El espacio se extiende hacia lo infinito; y en el espacio infinito se hallan mundos infinitos. Lo que entonces Giordano Bruno hizo para la percepción sensoria, lo tiene que hacer la ciencia espiritual para lo espiritual-anímico y para lo temporal. Con respecto a lo espiritual-anímico también existe algo así como un firmamento: por un lado el nacimiento, o la concepción, por el otro la muerte. Pero este firmamento es, en verdad, tan poco una realidad como allí arriba la bóveda celeste, y únicamente porque con las capacidades cognoscitivas comunes sólo se abarca la vida humana desde el nacimiento, o concepción, hasta la muerte, se cree que existe un límite, al igual que se había creído que el firmamento es un límite. Pero así como este límite no existe, sino que hay mundos infinitos en el espacio infinito, así también mediante capacidades más amplias, debemos mirar más allá del firmamento de nacimiento y muerte en la infinidad del tiempo, y dentro de ella a la evolución del alma eterna a través de las vidas terrenales repetidas. En el ámbito espiritual los hechos no son otros que en el ámbito de las ciencias naturales. Por lo tanto se podría preguntar ¿Por qué desde diversos lados se expresan tantos malentendidos con respecto a la ciencia espiritual?. A esta pregunta debo responder, si se me permite hablar desde un punto de vista personal: que las razones por las que la ciencia espiritual encuentra oposición y errores, en parte son objetivas, en parte subjetivas.

De entre las razones objetivas veo ante todas las demás la siguiente: la ciencia espiritual es algo para cuya comprensión es preciso un profundo, serio y largo trabajo el que trae aparejadas muchas experiencias personales, como asimismo desilusiones. Pero en el fondo esto ocurre con todo trabajo cognoscitivo; y no es posible encontrar los caminos de la antroposofía sin tal trabajo. Pero parece ser habitual decir: para comprender un reloj es necesario saber cómo funciona el mecanismo de engranajes. Hay que aprenderlo, y esto requiere cierto trabajo. Pero no parece ser habitual admitir lo análogo en cuanto a todo el universo. En este campo no se quiere tener en cuenta ideas que parecen ser complejas, y que solamente lo son porque se trata de algo difícil. En vez de interesarse por la ciencia espiritual, se la critica, porque juzgándola desde el punto de vista personal se la encuentra difícil.

Después hay razones subjetivas, y estas realmente se originan en lo ya expuesto. Para el hombre comúnmente le es difícil conciliar las ideas que ya existen con otras nuevas que le son desacostumbradas. Al respecto no es

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

necesario que estas últimas nieguen lo ya existente, sino que meramente agreguen algo a lo ya pensado.

La verdad siempre ha tenido esta suerte. Desde tal punto de vista, cuando se buscan las razones subjetivas para los malentendidos frente a la ciencia espiritual, hay que decir: Estas razones se originan en la misma esfera desde la cual todo el mundo negaba la doctrina copernicana, cuando la misma aparecía por primera vez. Precisamente porque era algo nuevo. Pero la verdad tiene que hacerse valer, y se hará valer. Esto lo puede sentir quien está estrechamente unido con la ciencia espiritual y con lo que ella puede dar.

El que lo siente se apoya en la experiencia de que la verdad siempre se abre paso a través de las más tenues hendiduras de las rocas de prejuicios que los hombres han creado. En el presente todavía se puede tener odio a la ciencia espiritual. Pero el que la odia a lo sumo podrá conseguir que otros que le tienen simpatía y que le siguen ciegamente, también la odien. Pero en el mundo jamás se ha extirpado la verdad por el hecho de ser odiada. Se la puede entender e interpretar mal, pero frente al desentendimiento y desconocimiento siempre habrá quienes tengan conocimiento y acertada comprensión. Aun cuando en nuestro tiempo la palabra de la ciencia espiritual no llegue a ser reconocida y que se la entienda e interprete mal, llegarán para ella los tiempos. Se puede *oprimir* la verdad, pero no extirparla. Cuántas veces se la oprima, siempre volverá a surgir.

La verdad está íntimamente unida con el alma humana, de modo que se puede estar convencido de que ésta y aquélla son como hermanas. Por más que en el tiempo y en el lugar se desarrolle entre ellas alguna disonancia o que surja un desconocimiento, siempre de nuevo ha de sobrevenir el reconocimiento y el mutuo amor entre el alma humana y la verdad, puesto que son hermanas que tienen su origen en lo que les es común, por lo que siempre han de recordar su origen común, su origen en la espiritualidad que obra a través del mundo entero, y cuya investigación es precisamente la tarea de la antroposofía.

EPÍLOGO

Por las contemplaciones de este libro se ha querido mostrar que en el presente la ciencia espiritual de orientación antroposófica adquiere su forma como conocimiento del mundo espiritual por el método de emprender caminos que se pueden considerar bien fundados, al lado de los caminos justificados del pensar de las ciencias naturales. Pero para penetrar en el mundo espiritual de un modo tan seguro como la ciencia natural penetra en el mundo físico, la ciencia espiritual tiene que buscar otros caminos que los de las ciencias naturales. Para corresponder a las exigencias en el ámbito espiritual del mismo modo que la ciencia natural en su campo, la ciencia espiritual tiene que servirse de fuerzas cognoscitivas adecuadas a lo espiritual, en la misma medida en que las fuerzas que emplea la ciencia natural son adecuadas a la naturaleza.

Una ciencia espiritual con semejantes fines ciertamente no se debe confundir con doctrinas antiguas como la gnosis y parecidas; pero por otra parte existe el hecho de que en el curso del tiempo moderno se manifiesta el deseo de conocerla, quiere decir que ella no aparece ahora como algo arbitrariamente imaginado, antes bien como realización de esperanzas que se advierten en el proceso evolutivo espiritual de Occidente. Para corroborarlo se podría mencionar mucho; pero me limito a referirme a dos ejemplos, para mostrar que “antroposofía” es algo en que se ha pensado desde hace tiempo. J. P. V. Troxler, un pensador suizo de la primera mitad del siglo XIX, al que no se ha apreciado en lo justo, publicó en 1835 sus “Disertaciones sobre Filosofía”, donde se encuentra el pasaje: “Si bien es sumamente satisfactorio que la filosofía moderna (...) tiene que revelarse, abrirse paso en toda *antroposofía*, esto es, en la poesía como en la historia, no hay que dejar inadvertido que tal idea no puede ser un resultado de la especulación, y que la verdadera personalidad o individualidad humana no se debe confundir con lo que ella aparece como espíritu subjetivo o yo temporario, ni tampoco con lo que ella como espíritu absoluto o personalidad absoluta contrapone a este último”. Y lo que Troxler expresa sobre su idea de la antroposofía sigue inmediatamente a palabras que muestran claramente que él se aproxima a suponer la realidad de principios constitutivos (Wesensglieder) de la

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

naturaleza humana, más allá del cuerpo físico. Efectivamente dice: “Ya en el pasado los filósofos hacían distinción entre un tenue sublime cuerpo anímico y el cuerpo grosero, o bien, consideraban éste como una especie de envoltura del espíritu, portadora de una imagen del cuerpo, a la que ellos llamaban *esquema*, el que para ellos representaba al hombre interior superior”. El nexo dentro del cual aparecen estas palabras y todo el concepto del mundo de Troxler prueban que él ciertamente aspiraba a objetos que pueden encontrar su realización en el sentido expuesto en este libro. Sólo porque Troxler no es capaz de reconocer que la antroposofía únicamente es posible por el desarrollo de capacidades del alma a las cuales me refiero en este escrito, recae con sus propias ideas en puntos de vista los que, en comparación con lo alcanzado por J. T. Fichte, Schelling y Hegel, no son un progreso, sino un retroceso.

En el libro “Antropología” de I. G. Fichte, el hijo del gran filósofo, se encuentran las palabras: “Ya la *antropología* llega finalmente al bien fundamentado resultado que el ser humano, en cuanto a su verdadero *ser*, como asimismo por la verdadera fuente de su *conciencia*, pertenece a un mundo suprasensible. En cambio, la conciencia sensoria y el mundo de los fenómenos que el hombre percibe, con toda la vida sensible, incluso la humana, no tienen otra significación que la de ser el lugar en que se realiza la vida suprasensible del espíritu, introduciendo desde el más allá el contenido espiritual de las ideas, en el mundo de los sentidos, *por medio de su propia acción, libremente consciente*. (...) Esta profunda comprensión del ser humano eleva la “antropología”, en su resultado final, a la “*antroposofía*”. Más adelante agrega las palabras: “Así podrá finalmente la antroposofía como tal, encontrar en la *teosofía* su término y su sostén”. El hecho de que también I. G. Fichte con su propio concepto del mundo no llegó a la antroposofía, sino que recayó detrás de J. T. Fichte, Schelling y Hegel, se debe a las mismas razones como en el caso de Troxler.

Por ahora doy solamente estos dos ejemplos sacados de muchísimos hechos que se pueden aportar como prueba de que la ciencia espiritual antroposófica que en este libro se caracteriza, corresponde a una aspiración científica que existe vivientemente desde hace mucho tiempo.

* * * *

En una conferencia pronunciada en 1902 en el marco de la Asociación Giordano Bruno me he referido a las citadas palabras de I. G. Fichte,

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

considerándolas como expresión de una corriente espiritual moderna, no solamente una opinión individual. En aquel tiempo también se ha dado comienzo a lo que en el presente se describe como modo de pensar antroposófico. Esto nos hace ver que se había tenido en cuenta una ampliación de la aspiración científica moderna a una verdadera consideración de la realidad espiritual. No se ha aspirado entonces a un ocuparse de ciertas doctrinas del contenido de las publicaciones que entonces se llamaban (y todavía se llaman) “teosóficas”, sino a continuar la aspiración que había comenzado con el pensar de los filósofos modernos, pero que en ellos quedaba detenida en lo conceptual, sin alcanzar el acceso al verdadero mundo espiritual. Yo consideraba que tal continuación era al mismo tiempo una ampliación del no formulado, pero sí sentido concepto del mundo de Goethe, basado en su concepción “espiritual” de la naturaleza. El conocedor de mis libros y conferencias encontrará en los mismos todo lo ahora expresado, y no haría falta repetirlo, si no apareciera siempre de nuevo la tergiversación de la verdad, cuando se dice que yo haya abandonado lo antes expresado, para identificarme con conceptos como los que se exponen en las publicaciones de Blavatsky y Besant. Quien, por ejemplo, juzgue objetivamente mi libro “Teosofía”, encontrará que en el mismo todo se ha desarrollado como continuación de la corriente científica moderna más arriba caracterizada; que la exposición se da partiendo de determinadas premisas del concepto goetheano del mundo; y se verá que sólo en ciertos puntos se señala que las ideas, como las de cuerpo etéreo, cuerpo senciente, etc. también se hallan en la literatura teosófica. Soy consciente de que por estas explicaciones no podré desterrar ciertos ataques que siempre de nuevo se hacen contra mí, pues los mismos muchas veces no buscan la aclaración de los verdaderos hechos, sino algo bien distinto. Pero ¿Qué se puede hacer contra las siempre repetidas inexactitudes?. Nada más que decir lo correcto.

* * * *

El investigador que trabaja sobre la base del método cognoscitivo a que se alude en este libro, considera que el curso de sus investigaciones tiene plena armonía con las aspiraciones de las ciencias naturales del presente; pero también sabe que estas aspiraciones siempre llegan a puntos muertos (o callejones sin salida) a menos que lleguen a *encontrarse* con aquello que desde puntos de vista opuestos la ciencia espiritual saca a luz. El juzgamiento

*Rudolf Steiner – La Misión de la Ciencia Espiritual
y el Edificio del Goetheanum*

adecuado consideraría los dos métodos como los trabajos de la construcción de un túnel los que desde dos lados — exactamente ordenados — perforan una montaña a fin de encontrarse. Los *hechos* del trabajo contemporáneo confirman absolutamente tal juzgamiento, mientras que las opiniones erróneas sobre dichos hechos lo niegan, haciendo aparecer un contraste supuesto, pero en verdad no existente, entre la ciencia espiritual y la natural.

Cuan significativo se evidencia el encontrarse de ambas ciencias, lo muestra excelentemente un libro que acaba de aparecer (1916) un libro que, según mi opinión, hace época: “Del proceso de conexión de los pensamientos. Nuevas ideas y consideraciones sobre el alma humana” de *Carl Ludwig Schleich*. El capítulo enfático “La histeria - un problema metafísico” muestra que el médico y naturalista que a la vez es un profundo pensador, se ve ante hechos que sólo por la ciencia espiritual encuentran su plena aclaración, y que le hacen decir: “En la producción de tejido por el impulso histérico se manifiesta el problema de la encarnación; en la visión mediumnística, una especie de clarividencia de posibilidades de enfermarse”. Pero se vive con una de las peores ilusiones, si se piensa seriamente que los hechos descubiertos por las ciencias naturales pueden tener alguna importancia para el profundo y verdadero sentir humano, sin los resultados de la investigación espiritual. El naturalista que refuta la ciencia espiritual actúa como un hombre que tiene en la mano un pedazo de hierro magnético y luego, sin tener conocimiento de esta calidad, lo utiliza para hacer un instrumento en que el magnetismo no entra en consideración. ¿Qué hubiera hecho si hubiera utilizado el magnetismo y no la “sustancia” hierro?.

También es interesante leer en el libro de Schleich el capítulo “El mito del metabolismo en el cerebro” para convencerse de que a través de *Denkzwang* (conclusión necesaria) el médico naturalista llega realmente a la descripción de lo que, sobre la base de una amplia concepción de la vida espiritual, la ciencia espiritual caracteriza como el cuerpo etéreo del hombre. Precisamente este capítulo de la exposición de Schleich muestra que en el presente las ciencias naturales y la espiritual suelen hablar sin entenderse, porque debido a que la distracción de las fuerzas de la vida espiritual dificulta enormemente la colaboración de los representantes de ambas ciencias en la vida práctica. Esto conduce a preguntarse, qué se produciría si los naturalistas realmente trataran de conocer la ciencia espiritual en vez de evitar el contacto con ella, dejándola a merced de las absurdas imputaciones de los que proceden según el principio: *no examinar, pero sostener el inmerecido juzgamiento*. Es

que al final de dicho capítulo — y es algo importante, porque se trata de las palabras de un objetivo, *verdadero investigador* — Schleich dice: “Si Goethe, el visionario y profeta, descubrió tantos nexos de la naturaleza divina y comprobó que el cráneo con todas partes de su cubierta no es otra cosa que una vértebra cervical enrollada, ya que todas las partes de ésta aparecen comprobables en la cubierta ósea del cerebro, no me extrañaría que entre muchos otros pensamientos, también haya concebido la idea que ahora hemos expresado, de la formación del cerebro mediante los elementos de la médula dorsal. No me sorprendería si con respecto a ello apareciera alguna vez un papelito de Goethe”.

¡He aquí nuestra “colaboración espiritual” del presente!. En 1916 ocurre que un honrado investigador espera que una vez se encuentre un “papelito de Goethe”. Pero yo mismo ya lo he encontrado en el año 1891. En el *Goethe-Jahrbuch* de 1892, página 175, en el trabajo “Goethe como anatomista”, escrito por el anatomista K. v. Bardeleben, se lee: “El que Goethe se dedicaba no solamente a la osteología, sino también al estudio de las cuerdas, los músculos, como asimismo del cerebro, lo muestran diversos apuntes, mayormente hojas sueltas. En el Diario Veneciano de 1790, *R. Steiner* encontró la siguiente frase que probablemente guarda íntima relación con la idea sobre la naturaleza vertebral de los huesos del cráneo: “El cerebro mismo no es sino un gran ganglio principal. La organización del cerebro se repite en cada ganglio, de modo que cada uno de ellos ha de considerarse como un pequeño cerebro subordinado”. Sobre la base de este y parecidos hallazgos míos relativos a Goethe, me ha sido posible decir en mi libro “El concepto goetheano del mundo” (1897) — a raíz de un pensar puramente científico-espiritual —: “Cada centro nervioso de los ganglios era para Goethe un cerebro de un grado inferior.” Este y otros pensamientos afines los he expresado frecuentemente desde aquel momento.

Lo que precede lo he relatado como un pequeño ejemplo para caracterizar la manera de como en el trabajo científico moderno se suele hablar sin entenderse. Ciertamente yo seré el último en querer criticar a Schleich por no conocer el *Goethe-Jahrbuch* de 1892 y mi libro editado en 1897. Lo defectuoso de nuestra práctica científica no tiene su origen en las personas, sino en la situación general.

* * * *

En el presente escrito también se hace notar cuan poco fundada es toda clase de oposición contra la ciencia espiritual basada en puntos de vista religiosos. A este respecto me he referido a la excelente disertación de un sacerdote católico, pronunciada en 1894 al hacerse cargo del rectorado de una universidad; un sacerdote que antes había sido profesor de la facultad de teología de la universidad de Viena, el doctor Laurenz Müllner, y su disertación: “La significación de Galilei para la filosofía”. El sacerdote que siempre siguió siendo un fiel hijo de su iglesia, dice en su disertación: “De tal manera una cosmovisión (la de Copérnico-Galilei) frecuentemente apareció estar en contraste con opiniones que con muy dudoso derecho sostenían su fundamento en las enseñanzas del cristianismo. Pero en verdad se trata del contraste entre la más amplia conciencia del universo de un tiempo *nuevo*, y de la conciencia cerrada de la época *antigua*, del tiempo *griego*; y no de un contraste con la bien comprendida cosmovisión *crisiana*, la que en los nuevos mundos estelares sólo debería haber visto nuevos milagros de la potencia y sabiduría divinas, y por los cuales los milagros realizados en la tierra, por el amor divino, sólo podían alcanzar más elevada significación.” De un modo parecido se puede decir, con respecto a la relación de la ciencia espiritual con la religión: La ciencia espiritual frecuentemente aparece estar en contraste con opiniones que se suelen describir como pertenecientes al cristianismo. Pero en verdad se trata del contraste entre la conciencia del universo extendida a *la realidad espiritual de nuestro tiempo moderno*, y la conciencia cerrada y más estrecha, meramente *científico-natural*, de los últimos siglos; pero no de un contraste con la bien comprendida cosmovisión crisiana, la que en los mundos espirituales de la antroposofía sólo debería ver nuevos milagros de la potencia y sabiduría divinas, por los cuales los milagros realizados en el mundo sensible, por el amor divino, sólo pueden alcanzar más elevada significación.

Tan pronto como en ciertos campos existirá una comprensión tan profunda de la ciencia espiritual, como la que tenía el ilustre sacerdote y teólogo Laurenz Müllner con respecto a la concepción naturalista del tiempo moderno, desaparecerán todos los ataques que del lado religioso muchas veces se dirigen contra la ciencia espiritual en una forma tan poco fundada.